

✚ SIGUE

Trabajo y Evangelio

DEL EDÉN HASTA LA NUEVA CREACIÓN

Enrique Oriolo



ENRIQUE ORIOLO

Trabajo y evangelio

Del Edén hasta la nueva creación

 SIGUE

First published by SIGUE 2026

Copyright © 2026 by Enrique Oriolo

First edition

Editing by Ricardo Daglio

This book was professionally typeset on Reedsy.

Find out more at reedsy.com

Contenido

Nota del autor

El origen del trabajo

- Dios como trabajador
- El hombre como fruto del trabajo de Dios
- El hombre como trabajador

Lo que el pecado le hizo al trabajo

- El escenario del Edén
- La caída
- La maldición sobre el trabajo
- Lo que cambió y lo que no
- La pereza
- La codicia
- La vanidad
- Una luz en la oscuridad

Lo que el evangelio le hace al trabajo

- El arco de la historia
- El evangelio como respuesta
- El trabajo es hecho por un trabajador
- El alcance del trabajo fiel
- Del Edén hasta la nueva creación

*Dedicado a mi esposa, la que siempre me animó a
escribir.*

Nota del autor

Este pequeño libro es fruto de una serie de sermones predicados en el púlpito de la Iglesia Bíblica de la Gracia a finales de 2022 en Avellaneda, Argentina.

El objetivo de estos sermones es poder dar una perspectiva general del trabajo a la luz de la Palabra de Dios, cómo este originó, cómo fue afectado por el pecado y cómo cambia nuestra relación con el trabajo por medio de Cristo y su evangelio.

Espero que les sea de ánimo y edificación.

Enrique Oriolo, Abril de 2026.

El origen del trabajo

Juan pasa la mayor parte de su semana trabajando, convencido de que el trabajo es un mal necesario: hay cuentas que pagar, alquiler y comida para la familia. Raquel ruega que llegue el viernes por la tarde para poder escapar de esa oficina tediosa y lanzarse al sillón hasta que el lunes vuelva a arruinarlo todo. Martina, que ya no trabaja como empleada, siente que mantener su casa y cuidar de sus hijos es un trabajo de tiempo completo del que no puede liberarse. Está agotada y no le encuentra sentido. Alberto, en cambio, no ve la hora de jubilarse: todos los días en la fábrica son una cárcel, y el día en que deje de trabajar habrá llegado, piensa, la salvación a su vida.

Conocemos bien a Juan, a Raquel, a Martina y a Alberto. Sus historias nos resultan familiares porque reflejan algo muy extendido: una relación rota con el trabajo. Pero la pregunta que vale la pena hacerse es si esa ruptura es la realidad inevitable, o si hay algo más profundo detrás de ella. ¿Es el trabajo un mal necesario o una bendición? ¿Una vocación o una maldición? ¿Puede haber algo genuinamente bueno en trabajar?

Para encontrar respuestas hay que ir al origen del asunto. Y

para eso hay que ir a la Palabra de Dios.

Dios como trabajador

Trabajar es, según la Real Academia Española, «*ocuparse en cualquier actividad física o intelectual*» o «*tener una ocupación remunerada en una empresa, una institución, etc.*». Con esa definición en mente, la primera pregunta es: ¿quién fue el primer trabajador?

El primer trabajador es Dios. Todo trabajador fuera de Dios es un ser creado. El acto mismo de creación es en sí mismo un trabajo. Por lo tanto, Dios es el primero en trabajar y en instalar el concepto de trabajo dentro de la realidad que él mismo trajo a existencia. Nadie puede trabajar si no fue creado en primera instancia. Dios, en cambio, no fue creado: es eterno, sin principio ni final, autoexistente, que existe en sí mismo sin necesitar nada ni nadie fuera de sí.

El primer versículo de la Biblia nos muestra el trabajo de Dios: crear.

*«En el principio **creó** Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1, LBLA).*

El acto de creación es la obra por la cual Dios trajo a existencia todo cuanto existe fuera de sí mismo: lo visible y lo invisible, lo espiritual y lo material. Ese primer trabajo nos muestra cómo Dios trabaja y revela aspectos profundos de su persona. Al ser un Dios perfecto en todos sus atributos, todo lo que hace es perfecto. Utilizó seis días literales para crear todo cuanto existe en el universo, y cuando finalizó dio su veredicto:

«Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Génesis 1:31, LBLA).

Dios creó todos los elementos que conforman el universo de tal manera que todo tiene un diseño coherente, un orden y un propósito. Nada existe de manera azarosa o aleatoria; todo tiene una causa y un fin. No dejó nada a medio hacer ni hizo nada que no fuera con excelencia. Aplicó su infinita sabiduría en cada aspecto de la creación, y en cada fragmento de ella vemos una sabiduría que maravilla, desde los anillos de Saturno hasta los pequeños insectos de nuestro patio. Todo grita de una sabiduría y un poder más allá de nuestro entendimiento.

El hecho de que Dios trabaje dice algo decisivo sobre la naturaleza del trabajo: si Dios trabaja, el trabajo es algo bueno. Dios no hace nada que lo contradiga a sí mismo, y en sus obras vemos su carácter. En la creación vemos la sabiduría de Dios, su amor, su generosidad, su gracia, su gozo, su bondad. Toda la creación nos enseña de un Dios que trabaja, y que su trabajo es una muestra de su gloria. Cuando Dios creó todo, lo creó para su propia gloria, y eso resultó en que la creación sea bendecida por esa gloria. Desde el revoloteo de las alas de un colibrí, la órbita de la luna y el llanto de un bebé recién nacido, todo es producto de su trabajo y muestra que ese trabajo es algo perfecto.

Y esa obra no se detuvo con la creación. Cuando Jesús sanó a un hombre en día de reposo y los líderes religiosos lo acusaron de trabajar en sábado, su respuesta fue contundente: *«Hasta ahora mi Padre trabaja, y yo también trabajo» (Juan 5:17, LBLA)*. Dios Padre sigue trabajando, y Dios Hijo también. La Escritura nos da perspectiva sobre esa obra continua: Dios sostiene toda la creación —*«sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder» (Hebreos 1:3, NBLA); «en Él todas las cosas permanecen»*

(Colosenses 1:17, NBLA)—, provee de vida a todo ser viviente (Hechos 17:25, NBLA), obra providencialmente en cada acontecimiento conforme al consejo de su voluntad (Efesios 1:11–12, NBLA), mueve la historia entera hacia su plan de redención—como ilustra el caso de Ciro en Esdras 1:1—, escucha y responde las oraciones de su pueblo (1 Juan 5:14–15, NBLA), salva a quienes deben conformar su reino (Efesios 2:10, NBLA), santifica y edifica su iglesia (Filipenses 2:13, NBLA), e intercede por nosotros sin cesar (Hebreos 7:25; Romanos 8:26, NBLA). Cuando Dios le preguntó a Job *«¿Dónde estabas tú cuando Yo echaba los cimientos de la tierra?»* (Job 38:4, NBLA), le estaba recordando que la obra de Dios escapa completamente a la comprensión humana. Los seres celestiales lo exaltan por eso: *«Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria y el honor y el poder, porque Tú creaste todas las cosas, y por Tu voluntad existen y fueron creadas»* (Apocalipsis 4:11, NBLA).

El hombre como fruto del trabajo de Dios

El clímax de la obra creadora de Dios es la creación del ser humano: hombre y mujer.

“Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra».” (Génesis 1:26, NBLA)

“Entonces el SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida, y fue el

hombre un ser viviente.” (Génesis 2:7, NBLA)

¿Qué significa que el ser humano porta la imagen y semejanza de Dios? Significa que es como Dios y que representa a Dios en la creación. Es como Dios en el sentido de que posee características propias de Dios que pueden ser llevadas por un ser temporal y limitado. El hombre no puede portar la omnisciencia, la omnipresencia ni la omnipotencia. Pero sí puede amar, ser creativo, inteligente, inventor, consciente de su existencia, relacional, voluntarioso, moralmente responsable y justo.

R.C. Sproul señala que «en algunas culturas del antiguo Medio Oriente se consideraba al rey humano como la imagen de una deidad; como tal, regía en nombre de la deidad¹». De esa manera, al hacer al hombre a su imagen, Dios le otorga un carácter representativo dentro de la creación, idea que se refuerza con los mandatos de ejercer dominio y sojuzgar la tierra:

«Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Ejercen dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra» (Génesis 1:28, NBLA).

El hombre como trabajador

«El SEÑOR Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto del Edén para que lo cultivara [trabajara] y lo cuidara» (Génesis 2:15, NBLA).

El hombre, una vez creado, recibe de su Creador mandamientos

¹ Biblia de Estudio de la Reforma, p. 13.

que debe llevar a cabo: representar a Dios en la creación, gobernarla, someterla, trabajarla y cuidarla para su gloria. Esa tarea sería llevada a cabo por Adán, Eva y toda su descendencia. Es en el comienzo mismo de la humanidad donde encontramos que el trabajo es el medio que Dios diseñó para que el hombre cumpla su mandamiento y alcance el propósito de su existencia. Para que, así como Dios podía decir que sus obras eran buenas en gran manera, el hombre pudiera alcanzar la misma gratificación en aquello para lo que fue creado: trabajar para la gloria de Dios.

El trabajo mismo es un acto de adoración al Dios Creador. No hay separación en la vida del hombre entre un momento en que trabaja y un momento en que adora. Esa separación solo reflejaría un entendimiento defectuoso de la teología bíblica. Existimos para adorar a Dios, y el trabajo bien hecho es un medio para hacerlo. Tom Nelson, en su libro *Trabajo y Redención: Conectando tu adoración del domingo con tu trabajo del lunes*, lo expresa así:

«Cuando empecemos a abrazar la forma en que el trabajo debería ser, entonces empezaremos a ver lo que hacemos cada día como una parte integral de nuestra adoración a Dios. Si logras entender que Dios te diseñó para que contribuyeras a su creación, tomarás en serio la forma y el lugar en que eres llamado a hacer tu importante contribución al mundo²»

Por medio del trabajo del hombre habría resultados positivos para toda la creación. La creación misma sería bendecida, administrada por un representante diligente y bondadoso de

² Poiema Publicaciones, 2017, p. 26.

Dios, sin serle hostil. La humanidad sería bendecida al disfrutar los frutos de esa creación y la satisfacción plena de glorificar a Dios a través del trabajo de sus manos. Y Dios mismo recibiría gloria al ver sus propósitos llevarse a cabo por la mano de su imagen en la tierra.

¿Cómo debía trabajar el hombre? Prestando atención a cada detalle para que su trabajo fuera hecho con excelencia. Esforzándose física e intelectualmente para hacer su trabajo de la mejor manera posible, imitando así la perfección de Dios en la creación. Gilbert Meilaender lo expresa con claridad:

«Cuando vemos el trabajo como un llamado, estamos diciendo que vivimos para trabajar, que nuestro trabajo define gran parte de lo que somos como personas. Más aún, el llamado le da un significado religioso al trabajo que posiblemente no adquiriría de ninguna otra forma³».

Entender esto transforma la manera en que nos relacionamos con el trabajo cotidiano. El trabajo es algo bueno — no un castigo, no un mal necesario, no una cárcel de la que escapar. Dios es un trabajador que despliega su gloria al trabajar, y nos creó para hacer lo mismo. Al trabajar en la creación obedecemos nuestro llamado divino. Al trabajar con excelencia reflejamos el carácter de Dios. Al realizar nuestro trabajo eficazmente traemos gloria a Dios y nos convertimos en su extensión al mundo, sirviendo y bendiciendo no solo la creación sino a nuestros prójimos.

No hay trabajo tan pequeño o insignificante que no pueda hacerse para la gloria de Dios. No hay ser humano que no pueda

³ «Vocation», en *Working: Its Meaning and Its Limits*, University of Notre Dame Press, 2000, p. 20. Traducción propia.

glorificarlo en lo que hace, siempre que ese trabajo no vaya en contra de su carácter. Y no hay ningún tipo de trabajo más apto que otro para glorificarlo: el pastor que predica, el que limpia un baño, el que recoge la basura, el que construye un barco, el albañil, el cirujano, el que cocina — todo debe y puede hacerse para su gloria. En última instancia, como dice Tom Nelson, trabajamos «para el Público de Uno». Los jefes temporales son circunstanciales. Trabajamos para aquel que nos trajo a la existencia, que ve siempre la motivación, la calidad y el esfuerzo que ponemos en nuestros trabajos. Cuando trabajamos bien, nos alineamos con el propósito de Dios al crearnos, traemos gloria a su nombre y somos bendecidos.

¿Cómo cambiará tu trabajo a la luz de estas verdades? El trabajo no es fácil, y eso también forma parte de la realidad. Algo quebró esa relación perfecta entre el hombre y su trabajo. Ese algo es el pecado, y sus efectos son los que exploraremos en el próximo capítulo.

Lo que el pecado le hizo al trabajo

Hay algo en el trabajo que no termina de cerrar. No importa cuánto se logre, cuánto se avance, cuánto se acumule — la sensación de que falta algo, de que el esfuerzo no alcanza, de que el lunes vuelve demasiado rápido, persiste. No es solo cansancio. Es algo más profundo: una relación rota. Y para entender esa ruptura hay que ir al lugar donde ocurrió.

El escenario del Edén

Para entender la caída hay que entender primero lo que se perdió.

«El Señor Dios hizo brotar de la tierra todo árbol agradable a la vista y bueno para comer; en medio del huerto, hizo brotar el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal» (Génesis 2:9).

Todos los árboles que Dios dio al hombre en el huerto eran agradables a la vista y buenos para comer. Dios puso al hombre

en ese huerto para que lo cultivara y lo cuidara (v. 15). El trabajo tenía lugar en un entorno de abundancia y generosidad. La creación no era hostil: se sometía dócilmente al trabajo del hombre. El hombre también ejercía su representación en otro sentido: puso nombre a todos los animales (2:19–20), ordenando y gobernando la creación para la que fue designado.

Pero había un límite:

*«De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, **ciertamente morirás**» (vv. 16–17).*

La obediencia era la condición del florecimiento. La desobediencia traería muerte.

La caída

Al llegar al capítulo 3, el escenario cambia. La serpiente interviene con una estrategia precisa: primero tergiversa lo que Dios había dicho, luego la mujer añade algo que Dios no dijo, y finalmente la serpiente contradice directamente el mandato divino, mintiendo sobre las consecuencias y prometiendo beneficios donde Dios había prometido muerte.

El resultado es que Eva comienza a ver el árbol prohibido con otros ojos: bueno para comer, agradable a la vista, deseable para alcanzar sabiduría. El mismo lenguaje con que Génesis 2:9 describía los árboles que Dios ya había dado libremente ahora se aplica al único que estaba vedado. La tentación no opera en el vacío: opera reencuadrando lo que Dios ya proveyó como insuficiente.

La tentación llegó al corazón de Eva. Tomó del fruto y comió.

Le dio a Adán y él también comió. Fueron abiertos sus ojos y conocieron que estaban desnudos.

Adán había fallado en su rol como gobernador de la tierra. Sin importar la astucia de la serpiente ni su discurso, era Adán quien debía ejercer dominio y someter a los animales que Dios había creado. Era también la autoridad sobre Eva. Permitió que ella fuera engañada y participó de someterse a su esposa y a la serpiente. Invirtió el orden de autoridad diseñado por Dios. Falló, y murió espiritualmente.

La maldición sobre el trabajo

A partir de la caída, Dios maldice a la serpiente, a la mujer y al hombre. Las palabras dirigidas a Adán son especialmente reveladoras:

«Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer y has comido del árbol del cual te ordené, diciendo: “No comerás de él”: maldita será la tierra por tu causa; con trabajo y dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás de las plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás» (Génesis 3:17–19).

El juicio es preciso. Adán era quien debía trabajar y cuidar la tierra; terminó trayéndole maldición. Podía comer alegremente de los árboles del huerto; ahora deberá comer sufriendamente de las plantas del campo. Los frutos de la tierra se le ofrecían libremente; ahora la tierra le dará espinos y cardos, y comerá con el sudor de su frente. Y la tierra que debía cultivar terminará

por recibirlo a él: polvo eres, y al polvo volverás.

David Atkinson lo expresa así: «¿Podría haber una descripción más impresionante de la lucha por la vida que la que nos habla del dolor asociado a traer vida al mundo? Para la mujer, se trata de los dolores de parto. Para el hombre, se trata del duro trabajo y el sudor necesarios para cultivar la tierra fértil. Los dos primeros mandamientos divinos, fructificar y cultivar la tierra, se convierten ahora en fuente de sufrimientos⁴».

El dolor, las aflicciones y las dificultades del trabajo diario serían para Adán y toda su descendencia un recordatorio permanente de la maldición del pecado. El juicio se consuma: «El SEÑOR Dios lo echó del huerto del Edén, para que labrara la tierra de la cual fue tomado» (Génesis 3:23). Ya Adán no estaría en el lugar privilegiado del huerto, sino que trabajaría una tierra que le sería hostil.

Lo que cambió y lo que no

Es importante señalar algo antes de continuar, porque es fácil mal entenderlo: **el pecado no cambió lo fundamental del trabajo**. El trabajo sigue siendo algo bueno y ordenado por Dios para el ser humano. Lo que cambió fue la dificultad, tanto en su dimensión externa como en su dimensión interna.

Externamente, la creación quedó bajo maldición. Los espinos y cardos no son solo una imagen poética: representan la hostilidad

⁴ *El Mensaje de Génesis 1–11: Los albores de la Creación*, Andamio, 2010, pp. 124–125.

de un mundo caído hacia el trabajo humano. El cansancio más profundo, la enfermedad, la muerte — todo esto forma parte de la nueva realidad del trabajo después de la caída.

Pero hay una dimensión interna igualmente importante, y quizás más determinante: el corazón del hombre cambió. «El SEÑOR vio que era mucha la maldad de los hombres en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era solo hacer siempre el mal» (Génesis 6:5, LBLA). Pablo describe esa condición con una contundencia que no deja escapatoria: «No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios; todos se han desviado, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (Romanos 3:10–12, LBLA). Y más adelante: «La mente puesta en la carne es enemiga de Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, pues ni siquiera puede hacerlo, y los que están en la carne no pueden agradar a Dios» (Romanos 8:7–8, LBLA).

El corazón del hombre ahora es enemigo de Dios. El hombre ha sido separado de Dios por su pecado. Y ese corazón pecaminoso trae al trabajo actitudes que antes no existían. Veremos tres de ellas: la pereza, la codicia y la vanidad.

La pereza

«La pereza hace caer en profundo sueño, y el alma ociosa sufrirá hambre» (Proverbios 19:15, NBLA).

La pereza es la falta de deseo de esforzarse, trabajar u ocuparse en algo. Es un deseo por estar sin hacer nada.

Si el hombre fue creado para adorar a Dios trabajando para su gloria, para trabajar la creación en pos del bien común y en servicio de su prójimo, entonces la ociosidad es un grito de

rebeldía contra todo eso. Es una declaración de enemistad hacia Dios y hacia el prójimo.

La persona ociosa no busca cumplir la voluntad de Dios. No considera a Dios digno de su esfuerzo ni de su tiempo. La prioridad número uno es su propia comodidad. Y eso no se limita a quien simplemente no trabaja: si trabaja, hará el mínimo esfuerzo requerido, sin excelencia ni diligencia. Todas sus actividades serán evaluadas en función de cuánto interrumpen su comodidad. Preferirá el descanso al trabajo, al servicio de Dios, al servicio de su familia, de su iglesia y de la sociedad. La persona ociosa se sirve a sí misma antes que a nadie.

Dios manda a descansar, porque somos seres creados que necesitamos descanso. Pero el patrón que establece es un día de descanso por seis días de trabajo esforzado centrado en su gloria. La persona ociosa invierte la ecuación. Y las consecuencias no tardan en aparecer, para ella y para todos los que dependen de ella: «Por negligencia se hunde el techo, y por pereza tiene goteras la casa» (Eclesiastés 10:18, NBLA).

La persona ociosa también es egoísta. Retiene su tiempo y su esfuerzo. Si tiene anhelos que requieran esfuerzo, no estará dispuesta a realizarlos: «Desde el otoño, el perezoso no ara, así que pide durante la cosecha, pero no hay nada» (Proverbios 20:4, NBLA); «El deseo del perezoso lo mata, porque sus manos rehúsan trabajar» (Proverbios 21:25, NBLA). Quiere una vida fácil, pero también quiere una buena vida. Y para obtenerla, generalmente dependerá del esfuerzo de otros.

Pablo enfrentó este problema en la iglesia de Tesalónica, donde algunos vivían de manera ociosa mientras aprovechaban la generosidad de los hermanos. Su reprensión es directa: «Les mandamos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que se aparten de todo hermano que ande desordenadamente... si

alguien no quiere trabajar, que tampoco coma... A tales personas les ordenamos y exhortamos en el Señor Jesucristo, que trabajando tranquilamente, coman su propio pan» (2 Tesalonicenses 3:6–12, NBLA). La generosidad cristiana es una virtud genuina, pero no debe alimentar la vida ociosa de quien puede trabajar y no lo hace. El medio principal por el cual Dios ha ordenado que los hombres reciban su sustento es el trabajo diligente: «Pobre es el que trabaja con mano negligente, pero la mano de los diligentes enriquece» (Proverbios 10:4, NBLA).

La codicia

“También les dijo: «Estén atentos y cuidense de toda forma de avaricia; porque aun cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes».” (Lucas 12:15, NBLA)

La codicia es la actitud egoísta del corazón que quiere acumular más y más, ya sea dinero o bienes.

Lo que la codicia hace al trabajo es modificar su enfoque. En lugar de perseguir glorificar a Dios y servir al prójimo, el trabajo se convierte en un medio para la acumulación excesiva de bienes y riqueza personal. Eso produce una relación nociva con el trabajo, porque se le exige que supla un deseo que no puede satisfacer de manera duradera. La persona codiciosa no ponderará la cantidad de horas que trabaja, el tipo de trabajo que hace, la calidad de lo que realiza, ni las prioridades que Dios le pide que cuide. Sacrificará su relación con Dios, su familia, su bienestar físico, su servicio y comunión con la iglesia local — todo con tal de obtener más.

Conviene aclarar algo importante: obtener riqueza y bienes

por medio del esfuerzo y la diligencia del trabajo bien hecho no es pecado. Se puede ser rico y estar glorificando a Dios, sin descuidar lo importante. Ser pobre no es ser más santo ni más espiritual. No debemos reverenciar la pobreza ni demonizar la riqueza. La verdadera piedad es vivir para la gloria de Dios sin importar cuánto haya en la billetera.

El pecado llega cuando obtener riqueza y bienes se convierte en el propósito del trabajo. Entonces se produce un desbalance en las prioridades de la vida cristiana. El deseo de sostener un estilo de vida costoso puede llevar a alguien a tomar un segundo trabajo o acumular horas extras de manera regular, descuidando las prioridades que Dios le exige velar. Un padre ausente de su casa, una madre que descuida su llamado en el hogar — cuando estas situaciones son fruto no de circunstancias providenciales como la escasez o el desempleo, sino de deseos de acumulación — merecen una examinación honesta de motivaciones.

El contraste lo ilustra bien un hermano que conozco: buscó cambiar de trabajo, estudió para lograr un mejor puesto y un mejor salario, y uno de sus deseos concretos era poder dar una ofrenda mayor para que la iglesia pudiera sostener a su pastor. Finalmente lo logró. Eso glorifica a Dios, porque el motor no era un deseo codicioso personal sino el servicio al reino.

La vanidad

«¿Qué provecho recibe el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo el sol?» (Eclesiastés 1:3, NBLA).

El pecado introduce en la humanidad la vanidad: el vacío de significado y propósito. Fuera de la gloria de Dios, el hombre carece de un significado final y último para todas las obras de

sus manos. Cualquier otro fin que persiga jamás llenará su alma.

El rey Salomón lo experimentó en carne propia. Fue quien más gozó de esplendor en el trono de Israel, quien pudo conseguir todo lo que humanamente cualquier hombre hubiese querido. Su testimonio es elocuente: «De todo cuanto mis ojos deseaban, nada les negué, ni privé a mi corazón de ningún placer, porque mi corazón gozaba de todo mi trabajo. Esta fue la recompensa de toda mi labor. Consideré luego todas las obras que mis manos habían hecho y el trabajo en que me había empeñado, y resultó que todo era vanidad y correr tras el viento, y sin provecho bajo el sol» (Eclesiastés 2:10–11, NBLA). Y más adelante: «Aborrecí la vida, porque me era penosa la obra que se hace bajo el sol, pues todo es vanidad y correr tras el viento... ¿Y quién sabe si será sabio o necio el que vendrá después de mí? Sin embargo, él tendrá dominio sobre todo el fruto de mi trabajo. También esto es vanidad» (Eclesiastés 2:17–19, NBLA).

Al final del libro, Salomón concluye que lo único que realmente vale la pena es tener temor del Señor y vivir para él. Todo lo demás, por más brillante que sea, termina siendo vapor.

Esta insatisfacción profunda hacia el trabajo no es un accidente psicológico ni un problema de actitud. Es el producto de la caída. Es la manera en que el pecado ha afectado nuestro corazón y sus deleites, que ya no apuntan a lo eterno y a Dios, sino a lo presente y terrenal. Y eso jamás podrá satisfacer el alma.

Una luz en la oscuridad

La maldición es real. Pero en medio de ella hay un gesto que no pasa desapercibido, y que cambia todo lo que sigue: «El SEÑOR Dios hizo vestiduras de piel para Adán y su mujer, y los vistió» (Génesis 3:21, NBLA). Dios cubre la vergüenza de Adán y Eva. Y

al hacerlo, sacrifica animales inocentes en su lugar. En lugar de morir ellos, Dios pone un sustituto para cubrir esa vergüenza. Este gesto apunta hacia adelante, hacia aquel cordero que sería sacrificado en lugar de pecadores para cubrir su maldad y borrar sus pecados: «Sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Hebreos 9:22, NBLA); «Al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él» (2 Corintios 5:21, NBLA).

La maldición sobre el trabajo no es la última palabra. Solo restaurar una correcta relación con Dios puede devolverle al trabajo su propósito original. Eso es exactamente lo que exploraremos en el próximo capítulo: cómo el evangelio transforma nuestra relación con el trabajo desde adentro hacia afuera.

3

Lo que el evangelio le hace al trabajo

¿En qué se diferencia el trabajo de un cristiano al trabajo de alguien que no lo es?

La pregunta no es tan fácil de responder como parece. Si te ofreciera una rodaja de pan, ¿podrías decirme al comerla si la persona que lo hizo es cristiana? ¿Está necesariamente relacionada la calidad del pan con la fe de quien lo hizo? Probablemente no. Lo mismo vale para cualquier otro oficio: no hay una relación directa y necesaria entre la calidad del trabajo y la fe del trabajador. El pan que hace un ateo puede ser mucho más rico que el pan que hace un cristiano. ¿Dónde está entonces la diferencia? Sin duda no está en el producto. Entonces, ¿dónde está?

El arco de la historia

Para responder esa pregunta hay que recuperar el arco completo de lo que hemos visto en esta serie.

En el principio, Dios creó los cielos y la tierra. El acto de crear

es el primer trabajo que encontramos en la Escritura. Dios es el primer trabajador, y como parte de su trabajo creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, como sus representantes dentro de la creación, para gobernarla, trabajarla y cultivarla con el propósito de traer gloria a Dios, beneficio a la creación y beneficio a la humanidad.

Vale la pena detenerse aquí un momento en lo que significa traer gloria a Dios. ¿Acaso no es Dios ya glorioso de manera infinita? Sí, definitivamente. Pero la gloria de Dios es el resplandor de todo lo que él es, de todos sus atributos. Y cuando ese resplandor se demuestra a través de sus obras, queda expuesto, se hace visible. Eso trae gloria a Dios: se deja manifiesto cuán glorioso es él. Dar gloria a Dios es reconocer cuán maravilloso es, cuán perfecto, poderoso y sabio en todo lo que es y en todo lo que hace — y vivir de tal manera que esa maravilla se pueda ver en la manera en que lo honramos, amamos y adoramos en todo.

Dios creó al hombre para vivir para su gloria, en una relación de comunión y obediencia voluntaria. Pero el hombre decidió romper esa comunión por medio de la desobediencia. En el momento que Adán y Eva pecaron, murieron espiritualmente — fueron separados de la comunión con Dios. Y más tarde murieron físicamente, algo que el hombre no debía experimentar salvo como consecuencia de su pecado. La muerte, desde un punto de vista bíblico, no es dejar de existir sino una separación, un cambio de estado: el hombre pasó de tener comunión con Dios a estar separado de él.

Por lo tanto, pasó de vivir con el propósito de glorificar a Dios a vivir centrado en sí mismo. De tener un corazón propicio y dispuesto a la obediencia, a un corazón con inclinación hacia el mal, hacia la autonomía, hacia la rebelión contra Dios. De ahí

surgieron la pereza, la codicia y la vanidad que analizamos en la entrega anterior.

Por más que el ser humano tenga prosperidad, buen trabajo, abundancia de bienes y todo tipo de satisfacciones temporales, nada de eso podrá traerle una real y profunda satisfacción al alma. El hombre fue creado para vivir para Dios y en comunión con Dios, y mientras no viva de esa manera — algo que por causa del pecado le es imposible — su vida nunca podrá ser plena. San Agustín lo reconoció en sus *Confesiones*: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti» (*Conf.* I, 1).

El evangelio como respuesta

¿Cómo puede repararse la maldición del pecado? La Biblia dice que para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todo es posible para él. La respuesta es el evangelio.

La buena noticia es que Dios se hizo hombre. Jesús, el Hijo de Dios, nació para vivir la vida que Adán no vivió — y que ninguno de nosotros podría vivir —: una vida de obediencia y comunión perfectas, sin pecado alguno, ni de obras, ni de pensamientos, ni de omisión. Y en la cruz, a través de su sufrimiento y muerte, Jesús experimentó el castigo y la muerte que merecen los pecadores. Murió como muere un cordero en sacrificio, para que su muerte sea contada en lugar de otro. Jesús es el santo sustituto en la cruz. El apóstol Pablo lo llamó el postrer Adán — el Adán que sí cumplió su llamado:

«Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron» (Romanos 5:12, NBLA). «Si por la transgresión de uno murieron

los muchos, mucho más, la gracia de Dios y el don por la gracia de un Hombre, Jesucristo, abundaron para los muchos» (Romanos 5:15, NBLA). «Porque si por la transgresión de un hombre reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por medio de un Hombre, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia» (Romanos 5:17, NBLA).

Todos los que confían en él como el único que puede salvarlos, lo reconocen como Señor y se arrepienten de sus pecados, reciben el regalo inmerecido de la salvación y la vida eterna. Al ser salvos, somos hechos hijos de Dios. Nuestra separación de Dios termina y somos reconciliados con él por medio de Jesús. Ahora tenemos comunión con Dios y somos libres de la esclavitud del pecado; podemos obedecer a Dios por el poder de Dios. Podemos vivir una relación con Dios restaurada y, por consecuencia, vivir para su gloria, abrazar el llamado que Dios le hizo a Adán de trabajar para su gloria, para el bien de la creación y el servicio de nuestros prójimos.

Estando en Cristo, comienza una nueva humanidad, parte de una nueva creación que inició en la resurrección de Cristo y que culminará con cielos y tierra nuevos. Los que hemos creído somos parte de esa nueva humanidad. Nuestro espíritu volvió a la vida al ser reconciliados con Dios. Nuestro cuerpo aún pertenece a la vieja creación, y por eso seguiremos batallando con el pecado hasta el día en que resucitemos y nuestro cuerpo sea como el cuerpo glorioso de la resurrección de Cristo. Este es el evangelio: Dios está haciendo nuevas todas las cosas, comenzando por nuestros corazones y terminando con una nueva creación.

El trabajo es hecho por un trabajador

¿Y qué tiene que ver todo esto con el trabajo? Tiene todo que ver. Porque el trabajo es hecho por un trabajador, y es ese trabajador el que tiene que cambiar. Y la única manera de que eso ocurra es por medio del evangelio.

Si vamos a trabajar para la gloria de Dios, el bien de la creación y el servicio de nuestro prójimo, primero debemos nacer de nuevo: tener un nuevo corazón, nuevos deseos, nuevos afectos, nuevos propósitos, nuevas fuerzas. Debemos cambiar desde lo más profundo de nuestro ser hacia afuera. Y la única manera de que eso ocurra es por medio del evangelio.

Volvamos al panadero. El panadero que ahora es cristiano probablemente haga el mismo pan que el día anterior. ¿Pero qué cambió? Él cambió. Ya no es el mismo, y por lo tanto su trabajo tampoco es el mismo, por más que quizás el pan sea igual. Las motivaciones han cambiado: el cristiano no trabaja solo por un sueldo. Trabaja para la gloria de Dios. Y eso hará que dé su mejor esfuerzo y busque hacer todo lo que hace de la mejor manera posible, independientemente del salario que reciba. ¿Por qué dar el mejor esfuerzo por un salario que debería ser mayor? Porque servimos a Uno — a aquel que nos creó para vivir para su gloria. No servimos al ojo de los hombres, sino al ojo de Dios. Y él siempre está presente.

Como cristianos no vemos el trabajo como algo malo, sino como algo bueno: un medio por el cual podemos traer gloria a Dios y bendecir al mundo, sin importar qué clase de trabajo realicemos, siempre que no deshonre a Dios. Un ex vendedor de drogas que ahora es cristiano no puede decir que ahora las vende para la gloria de Dios. Deberá buscar un trabajo con el que sí pueda honrar a Dios, proveer para su familia y bendecir a

otros. Pero dentro de esa condición, todo trabajo califica.

Cuando hacemos nuestro trabajo con excelencia, estamos glorificando al que nos creó a su imagen. Cuando nuestro trabajo beneficia la creación o a nuestro prójimo, estamos glorificando a Dios, que nos envió al mundo como su extensión, sus representantes en cada lugar donde estemos. Así derribamos el engaño de que hay un trabajo espiritual y uno secular. Eso no existe. Todos los que son hijos de Dios trabajan para Dios, sean pastores, misioneros, carpinteros, amas de casa, trabajadores de limpieza, cirujanos, ingenieros o presidentes. Todo trabajo es importante porque contribuye al bienestar del mundo: «Ya sea que coman, que beban, o que hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios» (1 Corintios 10:31, NBLA).

En el evangelio podemos vencer el pecado en relación con el trabajo. En lugar de perezosos, podemos ser diligentes, disciplinados y esforzados. En lugar de codiciosos, podemos ser generosos y dadivosos, proveyendo para nuestra familia, nuestra iglesia y la sociedad. En lugar de la insatisfacción y la vanidad, podemos encontrar nuestro gozo y significado en vivir y trabajar para la gloria de Dios. Trabajamos con integridad: con verdad, respeto, diligencia, fidelidad y actitud de servicio. Y lo hacemos de corazón para el Señor:

«Siervos, obedezcan a sus amos en la tierra, con temor y temblor, con la sinceridad de su corazón, como a Cristo; no para ser vistos, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios. Sirvan de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que cualquier cosa buena que cada uno haga, esto recibirá del Señor, sea siervo o sea libre» (Efesios 6:5–8, NBLA).

«Todo lo que hagan, háganlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres, sabiendo que del Señor recibirán la recompensa de la herencia. Es a Cristo el Señor a quien sirven» (Colosenses 3:23–24, NBLA).

El alcance del trabajo fiel

¿Cómo sería distinto el mundo sin tu trabajo? Si fabricas tuercas en una fábrica y te desanimas pensando que no puedes hacer nada para Dios porque no eres misionero, vale la pena preguntarse: ¿cómo contribuye ese aparente pequeño trabajo en el funcionamiento del mundo? ¿Qué significa ese trabajo para la provisión diaria de tu familia?

El medio ordenado por Dios para que proveamos para los que están bajo nuestro cuidado es el trabajo esforzado. Los que no quieren trabajar ni proveer para los suyos no están dando un buen testimonio: «Si alguien no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo» (1 Timoteo 5:8, NBLA). Hay circunstancias particulares — guerras, crisis económicas, enfermedad, desempleo — donde puede haber etapas difíciles para las familias, y en esos casos la iglesia tiene responsabilidad de ayudar primeramente a la familia de la fe. Pero cuando alguien pudiendo trabajar no lo hace y no provee para su hogar, está deshonrando a Dios.

Y el alcance del trabajo fiel va más lejos todavía. El que fabrica tuercas en una fábrica está proveyendo piezas que hacen funcionar máquinas que producen el pan que otros comen. Está sosteniendo a su familia con el fruto de su esfuerzo. Y a través de su ofrenda generosa está aportando para el funcionamiento de la iglesia local: el sostenimiento del liderazgo pastoral, la plantación de nuevas iglesias, la capacitación de los santos, el

apoyo a los hermanos en necesidad. La iglesia local es sostenida por las ofrendas de sus integrantes. ¿Alguna vez viste tu trabajo como un medio divinamente ordenado para que tu iglesia local pueda suplir en abundancia lo que se necesita para la expansión del reino de Dios? ¿Puede Dios proveer sobrenaturalmente? Sí. Pero Dios ha decidido que, en el orden natural y cotidiano de la vida de la iglesia, todas sus necesidades sean cubiertas por la generosidad y la dadivosidad producto del trabajo y el esfuerzo de sus miembros.

El cristiano que trabaja haciendo tuercas para la gloria de Dios está haciendo algo extraordinario. Es un regalo maravilloso de la gracia de Dios.

«Así brille la luz de ustedes delante de los hombres, para que vean sus buenas acciones y glorifiquen a su Padre que está en los cielos» (Mateo 5:16, NBLA).

Del Edén hasta la nueva creación

El trabajo aún será cansador. Aún está afectado por el pecado. Pero Dios, por medio del evangelio, ha transformado nuestros corazones, y a través de nosotros está llevando a cabo su obra en este mundo.

Y viene el día en que Dios hará nuevos cielos y nueva tierra, donde ya no existirá el pecado ni la maldad, donde ya no habrá cardos ni espinos, donde el trabajo no sufrirá la maldición, donde nosotros ya estaremos completamente limpios de la presencia del pecado. Donde serviremos a nuestro rey Jesucristo eternamente, trabajando en cosas que aún no sabemos pero que haremos con alegría por lo que él ha hecho por nosotros. Y pasaremos eternidades disfrutando de una comunión perfecta

con Dios a través de su Hijo y para su gloria.

Si todavía no eres cristiano, Dios está dispuesto a hacer tu vida nueva. Solo debes venir a él en arrepentimiento por tus pecados, confiando en la obra que realizó en la cruz para el perdón de los pecadores. Puedes unirte a la familia de Dios, a esta nueva humanidad, a la nueva creación que ya está en marcha.

Fuimos creados para su gloria. En el evangelio fuimos recreados para su gloria. Para trabajar para él — desde el Edén hasta la nueva creación.

Acerca del Autor



Enrique Oriolo es misionero de [SERVE](#), la agencia misionera de Denton Bible Church, en Denton, Texas (EEUU). Trabaja en el entrenamiento de pastores, plantadores y líderes cristianos.

Fue ordenado al ministerio pastoral el 16 de Diciembre de 2018 en la [Iglesia Bíblica de City Bell](#), donde sirvió por cinco años como pastor. Actualmente, es pastor de la [Iglesia Bíblica de la Gracia](#), fundada en 2022. Sirvió como parte del consejo pastoral del ministerio [Ante Su Palabra](#), cuyo fin es ayudar a las iglesias a ser más saludables.

Graduado del Centro de Capacitación Bíblica para Pastores

dictado en su iglesia local, posee un Diplomado en Estudios Teológicos del Instituto Integridad y Sabiduría. Ama servir en la capacitación de nuevos pastores y líderes, anhelando el establecimiento de nuevas iglesias bíblicas.

Enrique está casado con Tamara y tienen cuatro hijas: Luz, Paz, Sarah y Alma (en camino).

Puedes leer otros escritos de Enrique en su blog personal:

<https://enriqueoriolo.com/>

